

Jacques Pavlovsky. *Isaac Pavlovsky, suivi de En cellule, mémoires d'un nihiliste*. Orthez: France Libris, 2011, 306 pp.

Es difícil reconstruir la memoria del pasado familiar, asomarse a sus silencios y retener sus voces, sin que intervengan factores que empañen con las nieblas de la fantasía el recuerdo, especialmente si el pasado se resiste a ser conocido y sobre él pende la notoriedad (relativa) de un nombre asociado a los tiempos de la lucha contra la autocracia zarista. En el empeño de dilucidar una figura borrosa casi inasible pueden infligírsele atributos incommensurables o negársele otros más pedestres. No incurre en tal género de escollos el biógrafo de Isaac Pavlovsky (1853-1924), quien más ha hecho por restituir su trayectoria vital, su nieto Jacques. Rastreando fuentes diversas, sumergiéndose en legados bibliográficos y epistolares aún conservados, explorando cada brizna, apelando, sobre todo, a los documentos positivos, a las imágenes perennes de la fotografía, y, también, al feliz azar de los encuentros, consigue Jacques Pavlovsky dar encarnadura a un escritor y periodista que fue testigo de su tiempo y que no se limitó a cumplir tal función sino que quiso imprimirle un sesgo de lucha y de redención. Amigo de Chéjov y Turguénev, observador atento de la vida española del último tercio del XIX, fue autor de trabajos periodísticos que dieron cuenta de su paso por la Europa de entonces y dejaron una huella que, gracias a Jacques Pavlovsky, podemos conocer hoy mucho mejor. Como advierte su descendiente, declarando sus intenciones, «Il me faut dans ces pages raconter l'homme avec rigueur et précision sans ne céder jamais à l'invention, au roman ou à l'à-peu-près. Donner des faits, au détriment de belles envolées, de l'envie de séduire ou de convaincre un peu plus» (p. 43).

Este libro desglosa –con un rico álbum de fotografías, valioso acervo del que el autor, fotógrafo de prensa él mismo, ha ido haciendo acopio en el transcurso de los años– en quince capítulos precedidos de una presentación y seguidos de un epílogo, el itinerario vital de Isaac Pavlovsky de Taganrog a París –está enterrado en el Père-Lachaise–, trazando sus orígenes familiares, dando cuenta de su condición de judío y revolucionario, de sus amores desdichados, de los cuarenta años en fin de ejercicio de la profesión periodística... Afloran las desavenencias con Alexei Suvorin, el director de *Novoe Vremia*, por declararse como Chéjov *dreyfusard*, sus viajes y amistades, sus veraneos, la conciencia de asistir al derrumbamiento inexorable de un mundo... Ante nuestros ojos se alza la figura de Isaac Pavlovsky y cobra sentido el afectuoso recuerdo que le dedicaron escritores como Narcís Oller o Emilia Pardo Bazán, que lo trataron. Íntimo amigo del catalán, y cicerone de la sección rusa en la Exposición parisina de 1889 de la segunda, traductor de Tolstói y Ostrovski, Chevalier de la Légion d'Honneur desde 1895, tuvo ocasión, como ha estudiado González Herrán, de calibrar el alcance de la literatura española de la Restauración, que dio a conocer en su país y tradujo, y a su vez, como correa de transmisión, de difundir su accidentada historia y la de sus conterráneos en los círculos franceses y españoles de los que formó parte.

El nieto francés fue desde muy pronto consciente de la diferencia que su familia representaba en el entorno galo. El libro comienza con la constatación de esa perplejidad y la búsqueda de una identidad que sabe perdida. El padre, André, no es pródigo en confidencias familiares; son los retratos –particularmente el que firma Kuznetsov en 1897, reproducido en la cubierta– los que interpelan al autor de estas páginas a través de una mirada frontal, inquisitiva y a un tiempo cercana. Escribir este libro representa para Jacques Pavlovsky descubrir el vínculo de su padre con el pasado, completar su examen profesional como arquitecto, al que ha dedicado otra obra, embrión de la presente, con el del sustrato familiar, más esquivo, del padre del padre. A través de los libros que este conservó, escritos en un cirílico indescifrable ya para los herederos, a través de los objetos de la cultura eslava, de las viejas fotografías guardadas en un viejo cajón

de la residencia familiar en San Juan de Luz, y del empeño de Jacques Pavlovsky, experimentado fotógrafo de la Agencia Sygma, hoy jubilado, y autor de poderosas imágenes de guerra tomadas en Vietnam e Irak, joven en el mayo del 68 que captó la mirada de Patricia Highsmith y de Simone de Beauvoir, y autor ahora de un trabajo para el que ya venía reuniendo materiales gráficos que brinda con generosidad a los interesados en la página web dedicada a su abuelo ruso: así es como surge esta semblanza hecha de retazos huidizos.

«Mais nous, les Pavlovsky, nous sommes aussi d'ailleurs», leemos en p. 16. El sonido de su apellido en París es otro. A lo largo de tres lustros, el nieto irá descubriendo al abuelo ruso que vivió en la rue Gounod, escolarizó a sus hijos en el Lycée Carnot y dejó el rastro de su presencia parisina en la Bibliothéque Nationale, sita a la sazón en la rue de Richelieu.

Las sevicias del exilio y la fuerte represión antisemita deciden una suerte de «errance identitaire» (p. 36) que obrará como motor de la existencia. La militancia contra la tiranía conduce a Isaac a la prisión preventiva, durante medio año con intervalos, y al consiguiente quebranto de sus condiciones físicas y psíquicas: el fantasma del suicidio, la enfermedad descrita con detalle naturalista, las alucinaciones visuales y auditivas quedaron registrados en el texto que firmó para *Le Temps* en noviembre de 1879 bajo el título de *En cellule* y que se recoge en traducción al francés realizada por A. N. Lukanina-Rykacheva. La evasión a Francia abre una etapa de salvación, es el tiempos de los estudios de Medicina, pero también de pobreza. Se da noticia de la amistad con Bark y Tikhomirov, de cómo comparten las ansias de liberación, sin ser ninguno revolucionario radical. Nunca lo fue, le horrorizaba el derramamiento de sangre. Podrá volver a Rusia tras reconocer públicamente que no abraza la violencia en 1888 y beneficiarse de la gracia del zar Alejandro III, que ha sucedido al asesinado Alejandro II.

En París, en 1884, había recibido el encargo del sanpetersburgués *Novoe Vremia* de hacer un reportaje de amplio espectro –política, sociedad, cultura– sobre España. Vivirá, para cumplirlo, en un apartamento cedido por Narcís Oller, escribirá a Zola que acaba de aparecer *La cuestión palpitante*, de Emilia Pardo Bazán, traducirá a Galdós... Durante más de un año funda su saber español en el estudio *in situ*. «Ce reportage será déterminant dans la vie d'Isaac Pavlovsky» (p. 91), y dará lugar a un libro de interés singular, *Notas de la España contemporánea 1884-1885*, aparecido en 1889 en ruso y aún necesitado de traducción completa al español. Madrid, Zaragoza, Bilbao, Sevilla, Cádiz, además de Barcelona fueron escenario de los tránsitos contemplativos del periodista, «personnage complexe» (p. 100), políglota que aprende y traduce el catalán, y ayuda a conocer la literatura rusa en España al igual que la española en Rusia.

Además de ese arduo rastreo biográfico, J. Pavlovsky nos brinda la oportunidad de conocer, directamente traducido del original ruso, el testimonio que los lectores de *Le Temps* tuvieron ocasión de leer en varias entregas. *En cellule* es, en efecto, un texto conmovedor que da cuenta exacta del dolor de la reclusión forzosa a través de las sensaciones, presididas por la privación, que el preso experimenta día a día a lo largo de varios penosos meses. Son certeras, por otro lado, las palabras que le dedica Pardo Bazán, que lo leyó en París enfebrecida por el hechizo de aquel heraldo de la libertad del pueblo ruso, hermano de los escritores que tanto amaba ya y para ella también novelista, Isaac Pavlovsky, –a quien dice tener «sincerísimo cariño» en carta a Oller en que le pregunta por él–: «las más interesantes y conmovedoras narraciones de cautivos que conozco son rusas, y entre ellas se destacan las *Memorias de un nihilista*, de mi amigo Pavlovski. El tono resignado, la sencillez melancólica de tales relatos, son de efecto cierto sobre los corazones», escribió en *La Revolución y la novela en Rusia*, en 1887.

Tras leer esta obra, hecha de trozos del recuerdo suturados por documentos fehacientes, tales como un precioso autógrafo (p. 139), se hace posible identificar al innominado amigo ruso de Pardo Bazán que le dio la clave para adentrarse «Por la España vieja», alguien capaz de abrir

los ojos al lector del *Nuevo Teatro Crítico* como acaso un español o española como ella no podría hacer, capaz de invitar a percibir la complejidad y la variedad: «Recuerdo que a un ruso amigo mío, muy partidario y admirador de nuestra patria, le dijo cierto francés: 'Llego de España ahora, y voy a escribir sobre ella'. Pero, ¿de cuál España viene usted y de cuál va a escribir?», contestó el ruso: 'porque hay tantas Españas como regiones españolas, y en nada se parecen unas a otras: cada cual tiene su fisonomía inconfundible'» (octubre de 1891, *La España Editorial*, pp. 69-70). Tenía razón aquel amigo ruso y Pardo Bazán quería dársela, aunque siempre lamentase que Pavlovsky no contestase a sus últimas cartas. Difícil es suponerle al amigo ruso desvío, y mucho menos, como muestra sin ambages un reciente *biopic* de la autora para la televisión dirigido por Zaza Ceballos, un acercamiento amoroso en el París finisecular, la presente biografía no da ese paso, tan solo apunta –además de a una «amitié amoureuse» (p. 113)–, al espíritu hostigado por el sufrimiento, al alma que se apaga, a una sensibilidad doblegada por las ansias de sobrevivir.

Abunda el libro en consideraciones pertinentes acerca de la labor que como traductor desempeñó Pavlovski, tanto de las lenguas francesa, española o catalana a la suya rusa como de ésta al francés. Cabe presumir, sin embargo, que su función como correa de transmisión en este sentido aún no está suficientemente evidenciada. Si difundió a Zola entre los lectores de San Petersburgo, hizo lo propio con novelas como *El amigo Manso* (no cortas, en sentido estricto, pese a lo que se afirma en pp. 93 y 287, donde es calificada de *nouvelle*) y textos de Oller. En el apartado final de traducciones se concluye con una sección un tanto enigmática de su labor traductora: «Différents textes espagnols non identifiés parus dans la presse russe» (p. 289), sin explicitud mayor. Es lástima que no se haya dado, al menos, una sucinta enumeración de ellos o siquiera recogido el nombre de sus autores. ¿Fueron otros que los ya traducidos y con expresa mención en el libro? ¿Se trata de textos narrativos y/o teatrales, en consonancia con los compilados poco antes? Persisten todavía numerosas lagunas en este sentido y habrá que completar lo aquí expuesto y, en particular, discernir el papel de Pavlovsky como encargado de gestionar, traducir o hacer traducir al ruso a los autores españoles. ¿Fue por su mediación, por ejemplo, como se sustanció la traducción y publicación de títulos como *Un viaje de novios* o *La dama joven*, de Pardo Bazán, a comienzos de la década de 1890, o de *La Tribuna* (con el subtítulo de «novela heroica», según Clemessy, en la imprenta de Suv[ol]rin, tan vinculado a Pavlovsky, también entonces) así como de muchos otros cuentos sueltos que menudean en periódicos rusos hasta bien avanzada la década segunda del siglo xx, cuando aún vive Pavlovsky, que sobrevive a doña Emilia tres años?

Cabe mencionar, para concluir, que el presente libro adolece de algunas erratas y errores que dificultan, especialmente en las remisiones a nota, la buena intelección de ciertos segmentos de los capítulos. Son confusas esas remisiones o, en el peor de los casos, incorrectas, porque cruzan, reiteran o alteran el orden de las llamadas y su contenido. Existen, además, algunas omisiones de acentos (por ejemplo en el relativo *où*, muchas veces sin acento grave, o *dès*, también carente de él) y de signos de puntuación. La transcripción de títulos y nombres rusos es a veces extraña, como sucede en el adjetivo «contemporánea», siempre transliterado como «sevremennoi» de su libro *Notas de la España contemporánea*, cuando la lección ha de ser «sovremennoi», abstracción hecha de la carga acentual de este término. Tal vez ha faltado una corrección de pruebas definitiva para subsanarlos en pp. 13, 14, 15, 19, 23, 24, 27, 32, 38 (un asterisco sin explicación), 47, 48, 50, 51, 54, 57, 73, 75, 77, 78, 79, 81, 86, 88, 93, 94, 95, 96, 97, 100, 103, 104, 105, 106, 107, 109, 115, 116, 119, 122, 123, 125, 127, 132, 133, 143, 146, 152, 158, 160, 165, 182, 183, 184, 185, 194, 205, 207, 208, 209, 211, 214, 215, 217, 220, 222, 225, 229, 230, 231, 233, 236, 239, 243, 245, 249, 250, 258, 260, 261, 262, 265, 266, 267, 269, 271, 272, 275, 287, 291, 296, 297 y 298. Todo ello indica que ha faltado una lima final.

Si, como repetía Iván Turguénev, el alma ajena son tinieblas, hay una porción de la personalidad de Isaac Pavlovsky que se hurta al lector, esquivando incluso con su esforzado biógrafo. Quien firmó, entre otros, como *Yakovlev* trató de velarla o simplemente consideró que solo a él pertenecía. Hemos de agradecerle a su nieto, Jacques Pavlovsky, las luces de este libro pero también sus sombras porque son ellas las que nos hablan quizá mejor del sufrimiento y de la dignidad del silencio.

CRISTINA PATIÑO EIRÍN
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA